

Historia de una foto antigua

ISABEL DEL RÍO PADILLA* / JOSÉ M. ESPINEL CEJAS

*Maestra de Educación Infantil
C. P. Ayatimas, Valle de Guerra



LA NIÑA DE LA FOTO soy yo¹, la que va a tratar de esbozar la historia que se esconde detrás de esta foto; quien está conmigo y con la oveja son mis abuelos maternos: Isabel y Salvador².

Mi recuerdo de ellos no puede ser más entrañable, en pie desde las cinco de la mañana, alegres siempre y todo amor y dedicación a su familia.

Mi abuelo murió del corazón a los 75 años, después de una vida plena, y mi abuela a los 99 porque simplemente pensó que ya estaba bien.

Si sentían añoranza de su tierra, Fuerteventura, nunca lo manifestaron, pues, para ellos, el aquí y ahora fue su norte.

Lo que voy a contar me fue transmitido por amigos y por su hija, mi madre, y tal como me lo contaron, lo cuento.

Vamos a situarnos, si les parece bien, en la isla de Fuerteventura y hacia el año 1930. Allí malvive una familia con cuatro hijos, de ellos una niña recién nacida, con sus animales y con una tierra reseca debido a los siete largos años que duró una terrible sequía³. Esta familia, cuando ya no puede más, decide que la única

¹ Carmen Isabel del Río, «la niña de la foto», es actualmente maestra de Educación Infantil en el Colegio Público *Ayatimas* de Valle Guerra, La Laguna (Tenerife). Ella, amablemente, ha escrito esta breve historia de la foto ante nuestra solicitud, pues cuando vimos esta entrañable imagen que tenía colgada en la sala de su casa, sencillamente nos pareció antológica... pero más aún después de conocer su historia.

² Isabel Méndez Brito, hija de Tomás y María, nació en Betancuría, isla de Fuerteventura el día 8 de diciembre de 1888. Vivió 99 años de edad. Salvador Padilla de León era natural del Valle de Santa Inés (Betancuría) isla de Fuerteventura, nació el 9 de noviembre del año 1894. Vivió 75 años.

³ Sobre las sequías cíclicas y las consiguientes hambrunas que azotaron a la población de la isla de Fuerteventura recomendamos la inolvidable obra: *El hambre en Fuerteventura (1600-1800)* de Roberto Roldán Verdejo. Segunda edición del Excmo. Cabildo de Fuerteventura, año 2002, 215 pp.

solución es emigrar: primero mi abuelo y sus hermanos... Es una emigración aparentemente no tan dramática como la de otros canarios a América, pues se trata de una emigración "doméstica" hacia las islas capitalinas. Mis tíos-abuelos se quedaron en Gran Canaria, mientras que mi abuelo continuó el viaje a Tenerife, donde le dicen hay mucho trabajo en la nueva Refinería de petróleo.

Mi abuela, mientras tanto, se queda a la espera de noticias, pero..., sí, sí, noticias... ¡Que si quieres arroz Catalina!

Mi abuelo tenía que estar disfrutando de su nueva tierra de adopción y de su condición de libre otra vez... (porque no dio noticias en dos años). Así que mi abuela, prototipo de mujer canaria, y majorera además, valiente, decidida, viene a buscarlo vendiendo previamente todos los animales que le quedaban, salvo una cabra que servirá para alimentar a la hija pequeña durante el viaje. Atrás quedaron sus tierras que cede a sus familiares más próximos, pensando que, ya que nadie podía comprárselas, mejor que las aprovecharan antes que verlas abandonadas. ¡Miren por dónde!, sin ésta filosofía marxista-leninista, fruto de la catadura moral que se gastaba mi abuela, a lo mejor nosotros, sus nietos, hubiéramos podido tener un trocito de tierra a donde regresar para echar de nuevo raíces en la isla de nuestros antepasados...

Nos encontramos pues en el "Guanchinerfe"⁴, velero sin motor que trae a Tenerife a mi abuela, los hijos e hijas, la cabra y la máquina de coser. Cuando desembarcan en el puerto de Santa Cruz, se encuentran que no tienen dirección ni forma de saber el paradero de Salvador. Pero al primero que se les cruza en el camino, le preguntan por "Padilla", por si lo conoce y..., aunque parezca increíble, conoce al majorero: buena persona, amigo de sus amigos y juerguista hasta el sombrero. Vive en una pensión de Los Lavaderos, cerca del Hotel Mencey.

⁴ El «Guanchinerfe» era una goleta de la vieja flota canaria de pesca que faenaba en el banco canario-sahariano. Botada en el siglo XIX en uno de tantos astilleros de las Islas, se termina empleando para la navegación de cabotaje entre las mismas, principalmente para el transporte de diversas mercancías desde las islas orientales a las occidentales y viceversa (cal en piedra y cal viva en bidones de Fuerteventura, pescado salado, ganado, vino, granos, frutos secos, quesos, sal...). Debido a los bajos costes del pasaje frente a los «corretillos» de las líneas regulares, fue muy empleado por la gente pobre del Archipiélago que, en muchos casos, los preferían pese a sus otros muchos inconvenientes.

Mis abuelos se quedaron allí hasta que la expansión de la ciudad les hizo mudarse para que los animales no fueran motivo de problemas con los vecinos.

La mudanza coincidió con un giro en la vida de mi abuelo: se cansó de vivir con un horario artificial, con rutinas y con jefes; él que siempre se acostó y levantó con el sol y vivió sin más dueño que sus pensamientos. Pidió excedencia en su puesto de capataz de la Refinería para dedicarse, desde ése momento, al pastoreo, que era lo que daba sentido a su vida. Por ello se trasladaron a vivir a La Cuesta, al Barrio de La Candelaria, donde llamaban El Becerril, un lugar que en esos tiempos no era más que huertas y pedregales.

Vivieron en una casa que se construyeron con sus propias manos, con barrenos y barrenos ¿recuerdan?... ¡Barreno uno!, ¡baarrenoo dos!, ¡baaarreenoo y fuego...! ¡Puuuummba!

Y así pasaron largos años, él saliendo todos los días del año, desde horas tempranas de la mañana, con su callado, su zurrón de gofio, una cebolla y un trozo de queso, acompañado de su perro, sus ovejas y carneros para regresar al anochecer... (a veces un poquito perjudicado porque, como él mismo decía: ¡conocía tanta gente!).

Mi abuela, entre tanto, cuidaba de la casa, los hijos, la huerta, el rebaño de cabras, las gallinas, produciéndose con ellos una situación curiosa que me parece un evidente adelanto de la liberación material de la mujer: el dinero del retiro era para los gastos del hogar y lo que ambos sacaban de sus actividades propias no se repartía, cada cual lo administraba como creyera conveniente.

Los hijos e hijas crecieron, se casaron, tuvieron también sus propios hijos e hijas. Y esa niña que aparece en la foto, junto a sus abuelos, justo cuando le ordeñaban de esa ovejita un poquito de leche con "tantito gofio"... eso era cuando ya vivían en el Barrio de La Candelaria y yo tenía, tan sólo, cuatro añitos. Era por tanto, el año 1957 (hace tan sólo medio siglo) pero parece que fue ayer...

Más tarde se mudaron para Los Rodeos, donde les terminarían expropiando las tierras, que tanto sacrificio, sudor y lágrimas les habían supuesto, debido a que allí se iba construir el Aeropuerto; pero esas son ya otras fotos...!»

Tras esta narración surgieron nuevas preguntas para Isabel y su madre y así poder aclarar dudas y completar la historia de la foto:

- 1.- ¿Nombre de la cabra que traen en el «Guanchinerfe» desde Fuerteventura?
- 2.- ¿La niña fue amamantada por dicha cabrita? (cabra-nodriz)

- 3.- ¿Por qué ésa y no otra del rebaño?
- 4.- Nombre de la oveja del retrato.
- 5.- ¿Por qué la abuela cuidaba de las cabras y el abuelo de las ovejas?
- 6.- ¿Mantuvieron contacto familiar o con amigos, relación directa o, simplemente, volvieron a visitar su tierra natal: Fuerteventura?
- 7.- ¿Cómo fue el viaje a Tenerife en la goleta «Guanchinerfe»?
- 8.- ¿Qué otras anécdotas cuenta tu madre?
- 9.- Y los quesos... ¿tenían salida? ¿A cuánto? ¿Eran de mezcla o sólo de oveja? ¿Qué dice tu madre de aquellos quesos? ¿Los curaba tu abuela?
- 10.- ¿Por qué manada de ovejas en lugar de rebaño de cabras? ¿Qué fue tu abuelo cuando vivía en Fuerteventura: pastor o cabrero?
- 11.- ¿Sabían leer y escribir o no pudieron ir a la escuela?
- 12.- ¿Se te ocurre otra cosa que añadir?

RESPUESTAS

Números 1, 2 y 3

No recuerda mi madre el nombre de la cabra, pero sí que era una cabra joven y que la escogieron por ser la que más leche daba y la que más esperanza de vida tenía. También porque no tenía malos hábitos nutricionales y ella pensaba que se adaptaría bien a la nueva condición en un barco. La embarcaron como cabra-nodriz para alimentar a los niños, especialmente a la benjamina.

Número 4

Tampoco recuerda mi madre el nombre de la oveja, pero sabe que cada una del rebaño tenía nombre propio, algunos que ella recuerda: Manuela, Morisca, Mariposa, Blanquita, Teresita... que mi abuelo las llevaba a la Romería de San Benito de La Laguna y que, dos días antes, las empezaba a bañar y lustrar. Ese día le ponía a cada una de las ovejas un lazo de satén de colores diversos. Esos lazos luego, una vez lavados, los llevábamos las nietas en las trenzas y coletas el resto del año.

Otra anécdota del día de la Romería de San Benito en particular (y todos los años lo mismo), era que, al terminar el día, aparecía el perro pastor con el rebaño en casa, y a las tantas mi abuelo contento, contento y solo.

Número 6

Ellos nunca volvieron a Fuerteventura, aunque yo sé positivamente que la añoraban y lo sé porque fueron ellos los que me pagaron las 3.000 pesetas del viaje de fin de bachiller a Fuerteventura. Y recuerdo a mi abuelo cómo me interrogaba al regresar, si había visitado tal pueblo, si había visto a fulanito o menganito, ¿cómo estaba Fuerteventura?... Un tercer grado en toda regla. Yo no comprendí en ese momento el alcance de ese querer saber; ahora sí...

Sus familiares, hermanos, hermanas, primos, primas, sí venían a Tenerife a vender camellos, vacas, cabras..., se quedaban en su casa.

Número 7

No sé mucho más del viaje y mi madre por ser tan pequeña no lo recuerda.

Número 8

También recuerdo que ella ejerció, cuando se trasladaron al Valle Vinagre (la huerta estaba en Valle Colinos) cerca de la Finca España, de prestamista del lugar, pero sin interés, claro. Todos los vecinos se estaban construyendo sus casas y ella les adelantaba algo de dinero para los bloques, la arena..., muchos le pagaron pero otros no, lo sé porque encontramos una lata de galletas con trozos de papel de venta con nombres y cantidades.

De mis bisabuelos, curiosamente, no oí hablar nunca y mi madre no sabe mucho, parece que murieron muy jóvenes.

Recuerdo otra anécdota de una vez que mi abuelo vendió todas sus ovejas. A los tres meses estaba tan arrepentido que se embarcó para El Hierro y se volvió a comprar otro rebaño, que fue el que cuidó hasta su muerte. Estas ovejas, al morir mi abuelo, las vendió mi abuela a un conocido de La Esperanza y sabemos que, hasta hace algunos años, andaban por ahí sus descendientes.

Número 9

Los quesos los hacía mi abuela en moldes de latón (en lugar de empleitas de palmito), sobre una pinta de madera rayada y una quesera con tela metálica y usaba el cuajo natural de sus propios animales.

Me daba suero y cuajada—le encantaba hacerlo— para alimentarme, pero era como una golosina. El suero sobrante se lo daba con pan a los animales.

Sus quesos se los rifaban todas aquellas personas que eran clientes habituales. Recuerdo que en épocas de menor producción llegaron a pelearse dos señoras por llevarse el último queso.

Eran sabrosos, compactos y los recuerdo blanquísimos. Los hacía de entre kilo y kilo y medio, pero los que eran para la casa eran de mayor tamaño. Los de mi abuelo, que eran elaborados para su gusto, y con el objeto de que fueran mejor para el transporte en el zurrón, se los curaba hasta un año.

Recuerdo, curiosamente, que el precio por una época fue de 40 pesetas el kilo, a todo el mundo le parecía barato y algunos le decían que subiera el precio, pero mi abuela decía que eso era lo justo para todas las partes.

Mi abuela apreciaba tanto la labor que ella misma hacía que, cuando consideraba que una persona era merecedora de un obsequio, le preparaba un queso (médico, cura, maestros, enfermos...).

Los quesos eran elaborados con una mezcla de leche de oveja con un poco de cabra, mucho más de oveja que de cabra. Los vendían tiernos, por lo que el proceso de curado era de tan solo unos días, en los que solamente le untaban sal y se les daba vuelta y vuelta por la mañana y por la tarde.

Número 10 (implícita la número 5)

Mi abuela cuidaba de las cabras porque eran pocas, sólo seis o siete, y eran compatibles con sus otras labores. La finca era ella quien la cultivaba, a la par que atender la casa, los niños, las gallinas... Mi abuela iba a las huertas por las tardes, pues estaban retiradas del hogar entre dos y tres kilómetros. Por eso aprovechaba para sacar a las cabras a pastar mientras se entretenía en sus faenas agrícolas, lo que solía ser hasta el anochecer, que es cuando regresaba.

Mi abuelo solía tener unas doce docenas de ovejas y las prefería a las cabras porque eran más tranquilas, más fáciles de manejar y le permitían seguir la vida que eligió, caminar por el mundo a su aire.

Mis abuelos llevaron la misma vida en Fuerteventura: él pastor de ovejas y ella agricultora y cabrera.

Número 11

Aunque mi abuelo sabía leer y escribir muy bien (siempre me decía que llegó hasta la raíz cuadrada), era mi abuela la que sabía más. Ella me contaba, cuando empecé a estudiar Magisterio, que, en Fuerteventura, en su pueblo, ella se en-

cargaba de la Unitaria, de dar la clase a todas las niñas, que la respetaban mucho, porque parece que la maestra titular era una mujer alcohólica que no podía desempeñar su trabajo. A mi abuela le daba mucha pena esta señora (no sé su historia), entonces la llevaba a su cama y ella se encargaba de dar la clase. Tenía una letra preciosa sin faltas de ortografía. Además oficiaba de partera del lugar, tanto de personas como de animales. Era cinco años mayor que mi abuelo.

Número 12

Recuerdo a mi abuelo ciego por culpa de unas cataratas que luego se operó y con su manada por los barrancos; sus perros estaban tan adiestrados que lo guiaban a él y a sus ovejas. Su último perro, cuando murió mi abuelo, se tumbó y murió de pena a la semana.

Mis abuelos se levantaban todos los días a las cinco de la mañana a ordeñar. Los baifitos y los corderos nunca los vendieron, todo era para regalar o para la familia. Imagínate en Navidad, que era la época en que parían todas las ovejas y cabras... en casa había cordero asado, cordero frito, cordero guisado, cordero para desayunar, almorzar y cenar. Y lo mismo pasaba con los baifitos, menos, claro está, con aquellos que se dejaban para criar.

Recuerdo los días en que mi abuelo nos sentaba a todos los nietos y nietas formando un corro para contarnos historias, con sus ojos pícaros y su cachimba, que de vez en cuando sacudía bruscamente para limpiarla y ponerle de nuevo el tabaco. Recuerdo especialmente la historia que nos contaba sobre una luz misteriosa que solía aparecer, sobre todo cuando iba a los bailes de taifas. A esa luz misteriosa la llamaba *la luz de Lesme*⁵. Él la contaba con mucha seriedad pero sus ojos pícaros lo delataban y hoy me hacen pensar, con el tiempo, en una actitud escéptica y racionalista por parte de mi abuelo, pues lejos de darle una interpretación fabulosa, él creía que esa luz la hacía un señor para alejar a la gente de sus sembrados. Era una explicación racionalista frente a otras interpretaciones y actitudes supersticiosas.

Fueron unos abuelos extraordinarios que me influyeron mucho, sobre todo mi abuela que llegó a tan mayor y nosotras ya éramos concientes de su valía.

⁵ Sobre los fenómenos extraños de luces en la isla de Fuerteventura existía una gran tradición oral. En algunos lugares de la isla al fenómeno se le conoce como *La luz de Mafaska*. Sin embargo como *La luz de Lesme* es como se le conoce en una amplia zona central de la isla que va desde Ampuyenta pasando por Los Valles, hasta Tefía.

Este número 7 de
Tenique REVISTA DE CULTURA POPULAR CANARIA
se terminó de imprimir
en los talleres de Nueva Gráfica, S.A.L.
en el mes de marzo de 2006.

